

La Sala Villarroel se lanza a la aventura

Varios hechos, casi simultáneos, vienen a confirmar que lo que está en «crisis» no es el teatro sino una determinada concepción del teatro y, en particular, la forma de organización económica que la sustenta: el empresario privado. Primero fue la empresa del Romea que, en manos de «Els Joglars», tuvo que aceptar lo que hasta hoy parecía sagrado para los industriales del arte dramático: la función única (acompañada, además, de una notable reducción del aforo), demostrándose de este modo que la vieja canción según la cual únicamente a base de dos sesiones diarias puede mantenerse un teatro, o bien sólo es cierta cuando se dan malos espectáculos o bien significa, realmente, que sólo con dos funciones es posible conseguir el máximo beneficio empresarial, lo cual constituye —evidentemente— otro cantar. Después, mientras los empresarios seguían cerrando locales, el viejo bastión del teatro independiente, la Aliança del Poble Nou, fue súbitamente reconquistado con esta «Setmana Tràgica» que reanuda esta semana sus representaciones.

Y ahora, desde esta noche, un nuevo teatro en funcionamiento regular: la Sala Villarroel, local que había venido manteniendo en los últimos años una vida intermitente (con especial dedicación al teatro paraprofesional), sin conseguir una verdadera presencia en la vida teatral barcelonesa, acaso debido a la ambigüedad de su trayectoria. Situado materialmente en esa zona oscura y extrema del Ensanche que es una verdadera tierra de nadie, sus actividades se han desarrollado hasta hoy, también, entre muchas fronteras, tal vez demasiadas: ni local abierto en permanencia, ni local permanentemente cerrado; ni local comercial, ni local subvencionado; ni teatro propiamente dicho, ni cine (la Sala es sede del Cine-Club Avance), sino ambas cosas a la vez y, además, local abierto a los cantantes, a los poetas, a los pintores y a los niños. Un rostro de, al menos, diez perfiles.

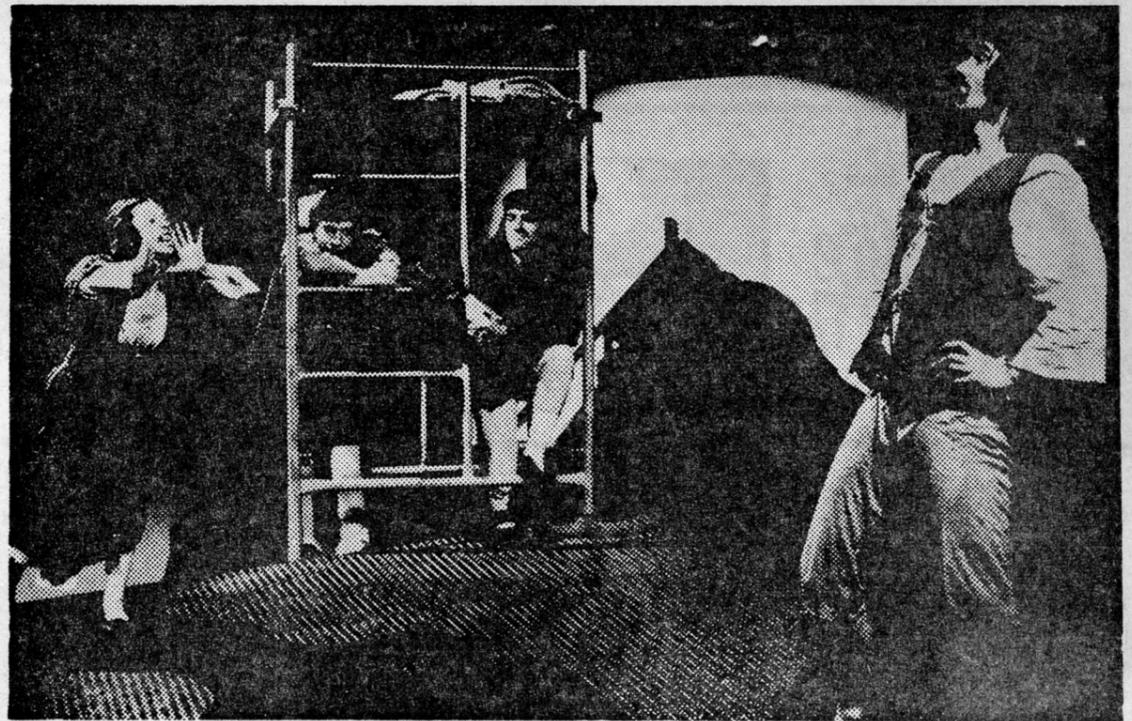
Con esta primera Muestra de Teatro Independiente profesional —cuyo programa encontrará el lector más abajo—, la Sala Villarroel quiere acabar con esa presencia irregular y convertirse, para lo que resta de temporada y sobre todo de cara a la próxima, en un local más de Barcelona pero, al mismo tiempo, en un local distinto, de singulares características. Porque, al margen del interés artístico de su programación, la Sala Villarroel se lanza a una aventura de imprevisibles resultados: la de, sin ser un teatro público (o sea, financiado con el dinero de la colectividad) actuar hasta cierto punto como si lo fuese, es decir, no moverse de acuerdo con criterios mercantiles, no buscar el beneficio privado, la rentabilidad económica inmediata. Angel Alonso, uno de los miembros del equipo que gestiona la Sala, nos habla del porqué y de las posibilidades de esta «tercera vía» de la actividad teatral, que plantea serios problemas, se mueve en un sinfín de contradicciones, es frágil como el cristal, necesaria como el agua que bebemos y cuyos verdaderos límites sólo puede mostrar la experiencia.

—A primera vista, nuestro proyecto puede parecer absurdo, o al menos, inviable. Cuando todos los teatros cobran sus butacas a más de doscientas pesetas, cuando a pesar del deseo de casi todo el mundo se mantiene imperturbablemente las dos funciones diarias, nosotros implantamos la sesión única —a excepción de jueves y domingos— y abrimos taquilla con la tarifa única de cien pesetas butaca, cien pesetas que se reducirán a cincuenta en las dos funciones del jueves y a setenta para aquellos espectadores que, con ocasión de esta primera Muestra, adquiera un abono para los siete espectáculos programados. Este «milagro es posible por una razón muy simple: la sala, que tiene ahora el estatuto oficial de empresa de local, no pretende realizar negocio alguno, sino únicamente cubrir sus gastos, que son muy bajos. En una palabra, se prescinde de uno de los elementos fundamentales en el elevado coste del teatro comercial, que es este señor que sin correr riesgo alguno (exige de las compañías que le garanticen un mínimo) se lleva la mitad de los ingresos, de suerte que la operación teatral sólo puede sostenerse con precios muy altos. Pero además, y esto también es importante, vamos a trabajar en la me-

didada de lo posible con grupos organizados cooperativamente, es decir, sin empresario de compañía. La supresión del beneficio empresarial en sus dos vertientes —compañía y local— reduce espectacularmente los costes y permite plantearse actitudes como la nuestra. Queremos demostrar que eliminando los intermediarios es posible proponerse unos objetivos racionales, totalmente fuera del alcance —de la lógica— de la industria teatral basada en la consecución del máximo beneficio: ocho funciones semanales y unos precios al alcance de todos.

—¿Qué condiciones se establecen exactamente con los grupos?

—Las empresas de local exigen un mínimo diario a las compañías. Nosotros invertimos los términos y aseguramos a los grupos un mínimo en concepto de gastos de desplazamiento e instalación. Una vez conseguido este mínimo, repartimos a partes iguales entre grupo y sala los ingresos obtenidos. El 50% de la sala no va a engrosar ninguna cuenta corriente privada, sino que se destina a cubrir los gastos de administración y publicidad, así como de mantenimiento, a constituir un fondo de reserva que permita compensar déficit circunstanciales (aunque es evidente que, de forma global,



Una escena de «Sobre emigrantes», del Teatro de la Ribera de Zaragoza, uno de los espectáculos más interesantes de esta Muestra

este déficit no puede existir) y a llevar a cabo reformas en el local, cuya dotación técnica es, hoy por hoy bastante deficiente. Es preciso, por ejemplo, ampliar el escenario, dotarlo de un equipo de luces (por suerte la mayor parte de los grupos son autónomos desde este punto de vista), mejorar las condiciones «climáticas», la sonoridad, etc. Pero



creemos que la supresión del beneficio empresarial tiene otras ventajas que no se sitúan en el plano propiamente económico.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, la calidad de la programación. El criterio de la rentabilidad obliga a los empresarios a mantener sus locales abiertos durante los doce meses, o al menos durante once, y ello a toda costa. Les es mucho más rentable recaudar aunque sólo sea 1.000 pesetas diarias, que mantener cerradas sus puertas. Esto explica que se llenen las lagunas de programación con productos todavía peores que los que se suelen ofrecer normalmente en nombre de la comercialidad. Nosotros, que podemos permitirnos el lujo de cerrar en verano, por ejemplo, tenemos la posibilidad de ser mucho más selectivos, y aunque nuestro propósito es estar permanentemente en cartelera, no estamos dispuestos a hacerlo a cualquier precio.

Bromistas, abstenerse

—Los espectáculos de esta primera Muestra de Teatro Independiente Profesional, han sido contratados para un período predeterminado, al margen de su posible éxito. ¿Es éste el método que pensáis seguir en el futuro?

Lo ideal es que los grupos actúen mientras su espectáculo atraiga al público, pero esto plantea grandes problemas de programación, dado que es imposible prever fechas y planificar mínimamente la temporada. De momento, hemos optado por la contratación a plazo fijo —una semana cada grupo— pero esto no significa que la próxima temporada procedamos necesariamente del mismo modo.

—¿Cómo se ha realizado la programación de esta Muestra?

—Es una programación que ha resultado sumamente laboriosa: seis meses de trabajo, de contactos. Creemos que en ella habrá excelentes espectáculos y otros mucho más discutibles, pero nuestro propósito es ofrecer una «muestra» de lo que existe, una panorámica que permite hacerse una idea amplia de la situación del teatro independiente profesional en todo el ámbito peninsular y, por tanto, no hemos querido seguir criterios excesivamente restrictivos. La única condición exigida es la seriedad en el planteamiento del trabajo, al margen —sólo hasta cierto punto, por supuesto— de los resultados conseguidos. Sabemos, sin embargo, que este criterio es peligroso para una programación con pretensiones de normalidad, y en la de la próxima temporada daremos mayor importancia a los resultados finales, a la validez del producto acabado, aunque queremos mantenernos abiertos a experiencias que, por los riesgos artísticos que puedan entrañar, nunca tendrían acogida en locales comerciales. Por lo demás, pretendemos que las representaciones susciten discusiones y debates, que sus autores expliciten sus puntos de vista y los confronten con el público. Para ello, hemos previsto en las sesiones del jueves por la tarde, debates de este tipo, en la confianza de que van a interesar sobre todo a un público joven, de COU y bachillerato, por ejemplo.

—Parece, a primera vista, que la presencia de grupos catalanes es muy débil en esta primera Muestra.

—Lo es, en efecto, pero por causas ajenas a nuestra voluntad. Tres de los grupos inicialmente contactados no van a tener a punto sus espectáculos antes de final de temporada: A-71, Zyasos y Comediantes. Pero, de momento, sólo hemos programado siete semanas y tenemos previsto mantener el teatro abierto

hasta mediados de junio. Lo cual significa que quedan dos semanas disponibles.

—¿Y qué va a ocurrir si el público no responde? ¿Existe algún respaldo financiero? ¿Quién pagará la factura?

—Bueno, una operación de este tipo entraña riesgos indiscutibles, para nosotros y para los grupos que vengan, tanto más cuanto no existe ese respaldo a que aludes. Hemos pedido una subvención al Ministerio de Información y Turismo, pero de momento no hemos obtenido ninguna respuesta. Por ahora, nuestra única baza son los bajos costes y, aunque existe siempre la posibilidad de un fracaso económico, hemos calculado que sólo con que acudan 1.500 espectadores a cada espectáculo podemos defendernos. Estamos seguros de que Barcelona posee este potencial para una programación como la que ofrecemos. Ciertamente, la Sala Villarroel no tiene todavía un prestigio, una clientela como la del Capsa, por ejemplo. Existe en algunos sectores del medio teatral un incomprensible prejuicio frente a nosotros, que no acabamos de comprender. Es posible, incluso, que algunos grupos se nieguen a venir por considerar que no estamos a su «altura» o que no ofrecemos suficientes garantías. Pero esperamos que nuestras propuestas resulten atrayentes y que consigamos implantar una concepción no convencional del local teatral, entendido no como «fábrica» o «tienda» de productos teatrales, sino como lugar de comunicación o, puesto que esta palabra está ya muy desprestigiada, de confrontación e intercambio cultural, de animación cultural en todos sus aspectos. Sabemos que vamos a tener problemas, que los empresarios nos acusarán de competencia desleal y algunos sectores de «posibilistas». Pero no importa, queremos intentar esa aventura.

Jaume MELENDRES

Alberti, en «Primer Acto»

«Primer Acto» —ya la única revista teatral en lengua castellana, después de la desaparición de Yorick— dedica su número 178, correspondiente al mes de marzo, que acaba de ser puesto a la venta, a Rafael Alberti, en un «desmembrado, pero no menos real, homenaje» a la figura del autor de «El adefesio», según palabras de la propia redacción. El homenaje, ciertamente insuficiente, consiste en un artículo de R. Salvat sobre la polémica puesta en escena de «Una noche de guerra en el museo del Prado», en la reproducción de un dibujo original del poeta-pintor dedicado a la revista, y que constituye su portada, y, sobre todo, en la edición de un texto de Alberti famoso a pesar de haber permanecido hasta hoy inédito entre nosotros, «La lozana andaluza», acompañado de un prólogo del autor. Este texto es el que debía haber montado Luca Ronconi —después del éxito de su «Orlando»— para la compañía de Nuria Espert, proyecto que se vino abajo por dificultades insuperables de censura. «La lozana andaluza» es una dramatización de la novela del mismo título, claramente inserta en el género picaresco, escrita en Italia y en el año 1524 por el presbítero Francisco Delicado, natural de la provincia de Córdoba. Un texto violento, realista y desenfadado, digno del mejor Alberti, que acaso pueda ver ahora la gracia del escenario si es cierto, como algunos pretenden, que la censura ha mitigado sus ardores.

LA PROGRAMACION

- Semana del 8 al 13 de abril: «Farsantes y figuras de una comedia municipal», sobre textos del siglo XVI, por el grupo Mediodía de Sevilla.
- Semana del 15 al 20 de abril: «Sobre emigrantes», con textos de Ruzante y Gil Novales, y música de Labordeta, por el Teatro de la Ribera de Zaragoza.
- Semana del 22 al 27 de abril: «Pasodoble», de M. Romero Esteo, por el grupo Ditirambo de Madrid.
- Semana del 29 de abril al 4 de mayo: «La orgía», de Enrique Buenaventura, por el grupo Esperpento, Teatro Joven, de Vigo.
- Semana del 6 al 11 de mayo: «Los quince reales», de Jaime Carballo, por el grupo Ensayo Uno en Venta, de Madrid.
- Semana del 13 al 18 de mayo: «Penseque», montaje colectivo del grupo Ballaruga PTV, de Valencia.
- Semana del 20 al 25 de mayo: «2 X 1» («Vibaldia i l'Africa tenebrosa», de Joan Oliver, y «La cantant calba», de Ionesco), por el grupo Palestra, de Sabadell.

Las representaciones tendrán lugar de martes a sábado en la Sala Villarroel (calle Villarroel esquina Consejo de Ciento) a las 22,30 de la noche, con una sesión suplementaria los jueves a las 19 h. y dos sesiones el domingo a las 17 y 19 h. respectivamente.